

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

Salmo (66, 2-3.5.6 y 8): *«El Señor tenga piedad y nos bendiga»*

2ª lectura (Gálatas 4, 4-7): *Así que ya no eres esclavo, sino hijo.*

Evangelio (Lucas 2, 16-21): *María conservaba todas estas cosas en su corazón.*

Después de una noche de ilusiones, expresadas bajo el paraguas de los brindis y buenos deseos, este año más comedido por motivo de la terrible pandemia que la humanidad sufre; estrenamos el nuevo año con la apelación a la felicidad para todos nuestros seres queridos y conocidos, confiando obtener un rendimiento positivo al esfuerzo y esperanza con que enfrentamos este 2021.

¡Qué cambio daría el mundo si la realidad respondiera a los deseos! Pero nos topamos con nuestra propia realidad humana que refleja la fragilidad con que está hecha nuestra materia. No obstante, es el día de la buena esperanza. Hay que expresar y repetir las buenas intenciones, los buenos deseos, los buenos propósitos. Es un día para soñar, esperar, reconstruir el ánimo interior. Es el primer día del nuevo año.

En esa perspectiva de horizontes positivos, el mundo se ha propuesto una meta que entraña proyectos a largo plazo y esfuerzos descomunales. La búsqueda de la paz es obra de compromisos sociales, económicos, políticos y, sobre todo, cordiales. Porque es el corazón humano el ámbito del mayor esfuerzo y de los pasos más lentos, pero más seguros. La esperanza es muy frágil si no se alimenta tenazmente.

Ya lo sabían los antiguos. Trabajar en el interior de las personas es más difícil que el trabajo en las minas. Hay que buscar la veta y rascarla de un modo continuado, sin descuidar los pequeños avances que se hacen y dando consistencia a los espacios obtenidos para evitar que los derrumbes retrasen las tareas.

Para el inicio de año civil el libro de los Números nos ofrece una hermosa bendición: *«El Señor te bendiga y te proteja, haga resplandecer su rostro sobre ti y te conceda su favor. Que el Señor te mire con benevolencia y te conceda la paz»*. Aunque es la bendición que Aarón y sus hijos deben emplear para bendecir a los israelitas, me parece que todos podemos utilizar estas palabras y desearnos así un feliz año nuevo cuando al cruzarnos con familia, amigos y conocidos nos saludemos en estos próximos días. Pues nos comunica la bendición y protección de Dios en el proceso de búsqueda de un sentido a la sucesión del tiempo que, sin Él, sería un montón de días sin rumbo, sin otro horizonte que el vacío.

La fiesta de hoy tiene sin duda un componente mariano: la sencilla virgen de Nazaret, María, es la Madre de Dios. Entra en la historia de salvación en una posición única e irrepetible. Es digna de admiración y alabanza. A Ella dirigimos nuestra oración porque reconocemos su cercanía incomparable con el único mediador de la nueva alianza, Jesucristo, su hijo, nuestro Señor.

Con los cristianos de muchos siglos atrás hacemos nuestras esas palabras que forman la primera oración mariana de la que se tenga memoria: *«Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios, no desprecies las súplicas que te hacemos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos de todos los peligros, ¡oh Virgen gloriosa y bendita!»*.

El pequeño niño a quien llevó en su seno, al que dio a luz y envolvió en pañales, al que presentó para la circuncisión cumplidos los ocho días, a quien dio el nombre que le había sido anunciado, no es solo su hijo, es el hijo de Dios. Lo que esta fiesta nos recuerda es que Jesús no se hizo Dios, sino que el hijo de Dios se hizo hombre. De modo que ese bebe, a quien vemos recostado en el pesebre, es Dios desde su concepción, en su nacimiento, a los ocho días y para siempre.

Como para tantas personas, nuestra salvación está en un Niño. Los niños son, por su debilidad, la fuerza más provocadora y contagiosa que nos mueve. Cuando ya no quedan recursos para levantar los ánimos y el espíritu de superación y de esfuerzo, un niño es capaz de movilizar las energías y ponerlas en común al servicio de su crecimiento y protección.

Así se nos presenta Dios. La salvación nos la ofrece con su imagen de niño. Porque no viene a resolvernos los problemas sino a implicarnos en su solución cuando nuestro espíritu interior está disminuido y nuestro entusiasmo alicaído. Su circuncisión, como nuestro bautismo, era el signo de su ingreso en la comunidad de quienes se saben hijos, por tanto, queridos, aceptados, miembros de la familia y receptores de una herencia, una promesa, por la que esperan la salvación.

El regocijo y la algarabía por la Navidad, nochevieja y año nuevo son parte de nuestras tradiciones, pero ojalá también haya espacio en nuestro corazón para guardar ahí todas estas cosas y meditar despacio a lo largo de los meses que siguen. Eso es motivo de mucha alegría, nos da tranquilidad en el presente y nos libera del miedo al futuro para dedicarnos a las cuestiones grandes de esta realidad que nos envuelve y se nos resiste.